



Acción de Gracias

Rodrigo Figueroa Obregón*

I

¿Cuántos cuerpos, acorazados en su monotonía,
en sus radicales casas grises,
se abrirán esta noche al mismo pardo del crepúsculo?
¿Quién escuchará la estridencia de los cuerpos amurallados
en cristales extranjeros, en cajas que transportan
adondequiera la miseria?

II

¿Qué podría faltarles a estos desiertos?
¿Unos huesos blanqueados por la luz indiferente?
Nadie morará en la tierra, nada crecerá que no sea
la voz infértil que se afina en la fría arena
de una noche inhabitable.
Lo demás emprenderá el vuelo, tan abstracto
como el desierto mismo, tan doloroso
como el sol que no cesa sino hasta el último momento.
Pero aquí nos quedaremos, bebiendo los anónimos aullidos
de creaturas medievales, de astros que fallecieron innombrados.
Intentaremos encontrarle alguna simetría a la arena,
al reptil cristalino que no llega a ningún lado,
a la tormenta que también pasa y deja huella
sobre absolutamente nada.

Fecha de
recepción:
2020-01-04
Fecha de
aceptación:
2020-02-10



* Profesor asistente de español en la Universidad Estatal de Nuevo México, Estados Unidos.

III

Mi madre vino al infierno a visitarme.
Aquí no aterrizan los aviones; los grillos
degüellan sus canciones en el cielo.
Ella guardó silencio al verme entre las llamas
y sus lágrimas se condensaron en la noche: rocío
para las plagas.
Levantó la carne de mi rostro y vio
mi cráneo cansado de sonreírle a un sol
que lo ha carbonizado.
Mi madre me abrazó en el infierno
donde los gorriones hicieron su nido;
mi madre sintió un cuerpo ya marchito.
Ella no olió el estiércol ni vio las casas derruidas
ni los cadáveres que se apilaban en la esquina.
Mi madre vio las cenizas de su hijo
y bajo su velo moldeó la arcilla
para darle nuevamente un soplo,
aunque no fuera más que para mitigar el holocausto.

